

## El reino feliz de los tiempos finales

### 2.3. *El León de Judea*

Los historiadores de las religiones admiten hoy el indudable influjo de las concepciones iránicas sobre la escatología judía. En todo caso, cuando los hebreos perdieron su independencia política y pasaron a situación de servidumbre bajo otros pueblos, surgió en ellos la firme esperanza en que Yavé los establecería en un nuevo reino. Sobre cómo iba a ser este reino hubo distintas versiones<sup>6</sup>.

Para unos suponía una renovación cósmica, tras de la cual se restauraría el paraíso en el que el hombre viviría en paz con Dios, consigo mismo, con sus semejantes y con el mundo natural, rodeado de una tierra que daría espontáneamente sus frutos, y en la que «el lobo y el cordero serán apacentados juntos y el león comerá paja con el buey», dice Isaías (65,25), como símbolo de paz y de ausencia del espíritu de discordia.

Otras versiones no consideran necesaria una restauración cósmica pero sí moral, de tal modo que si no hay que fundir de nuevo cielos y tierra, sí hay que hacer un hombre nuevo que lleve la Ley dada en las entrañas y escrita en el corazón.

Pero éstas y otras ideas del reino, de tipo estricta o preponderantemente religioso sufrieron un proceso de politización como respuesta a la servidumbre política del pueblo judío, dando lugar a la literatura apocalíptica propiamente dicha, frente a la mesiánica que la había precedido<sup>7</sup>. En este sentido, ya Daniel (s. II a. J.), en su famoso libro, compuesto al hilo de la revuelta de los macabeos, dio a conocer su visión de los cuatro imperios -llamada a tener enorme influjo en las concepciones medievales-, a los que seguiría un quinto imperio universal y eterno.

La politización se hizo más intensa como resultado de la oposición al mesianismo político romano, manifestándose, sobre todo, en los Apocalipsis de Esdras y Baruch, decididamente orientados contra Roma<sup>8</sup>. Según el primero, vendrá el León de Judea (personificación del Mesías) a cuyo rugido se abrasará el Águila, es decir, Roma, y bajo la dominación de Israel unificada se establecerá el reino de la paz y de la justicia. Según la imagen de Baruch, después de la peor de las servidumbres bajo el peor de los imperios, los judíos vencerán al ejército romano, a cuyo emperador conducirán encadenado al sagrado Monte de Sión donde le darán muerte. Aniquilados o reducidos a servidumbre los pueblos que oprimieron a Israel, se establecerá un reino del que estarán ausentes la enfermedad, el dolor, la muerte prematura y otros males, y donde reinarán la concordia, la justicia, la felicidad y la abundancia.

En todo caso, la instauración del nuevo reino será precedida por una lucha tremenda y final, en la que los hebreos pelearán ayudados por legiones angélicas, y que en alguna ocasión es imaginada con arreglo a los métodos de combate del ejército romano, lo que es bien expresivo de su politización. La lucha y la marcha hacia el nuevo eón serán conducidas por un intermedio entre Dios y los hombres, normalmente por un ungido del Señor, o sea, dicho en hebreo, por un Mesías y, dicho en griego, por un Cristo. En las versiones rigurosamente politizadas se estima que el nuevo reino puede ser establecido por una revuelta armada y por unos caudillos que, sin ser divinos, estén divinamente inspirados y que, sin sustituir la intervención divina, la precipiten.

La historia del pueblo judío después de su dispersión muestra patentemente la eficacia integradora de la creencia en la promesa del reino, pues ha sido tal creencia uno de los factores principales -ideológicamente el principal- para mantener su coherencia y estructura comunitaria, uniendo lo que el tiempo y el espacio habían separado o dispersado. Pero antes de su diáspora fue también la creencia en el reino lo que generó la capacidad moral y militar de la resistencia del pueblo judío frente a Roma. En el marco de tal creencia tuvo lugar la venida y la muerte de Jesucristo. Y todavía después de Cristo las versiones politizadas del reino inspiraron varios movimientos insurreccionales, el último de los cuales, en 132, puso fin a la esperanza de establecer el reino por vía insurreccional, pero no a la esperanza de que vendría el reino que, como hemos visto, mantuvo la unidad judía en medio de un mundo hostil.

---

<sup>6</sup> Véase un resumen en el artículo «Kingdom of God», en el Dictionary of the Bible, dirigido por J. Hastings.

<sup>7</sup> La literatura apocalíptica, según W. Nigg (Das ewige Reich, Zurich, 1954, págs. 14 y ss.), se caracteriza entre otros por los siguientes rasgos: está separada del mesianismo, propiamente dicho, por el exilio; parte del supuesto de la caducidad de este mundo, pero también de que no es éste el único mundo, pues «el Altísimo no ha creado uno, sino dos eones», dice el Apocalipsis de Esdras; como expresión de una voluntad orientada hacia el futuro, vive en ella una fuerza revolucionaria; se trata de una literatura secreta que sólo se aclara si se pone en relación con la política del tiempo y, sin dar a la comparación más valor que el analógico, puede compararse a los panfletos revolucionarios de nuestro tiempo; documenta el nacimiento de un nuevo espíritu del mundo, y en este sentido puede ser llamada literatura primordial; al final de este tiempo y al alba del nuevo eón hay una justicia no sólo terrenal, sino también cósmica, pues en el paso del viejo al nuevo orden hay una unión indestructible de momentos terrenales y trascendentales; expresada en símbolos e imágenes cuenta siempre con un signo que anuncia las últimas cosas: «Yo te mostraré un signo claro para que puedas reconocer que ha venido el fin de todas las cosas de la tierra», dice la sibila del Libro de Enoc.

<sup>8</sup> Los textos de los Apocalipsis en cuestión han sido publicados en inglés por R. H. Charles, The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament (Oxford, 1913), Esdras, XI-XIII, págs. 608-19; Baruch, en esp. XXIX, páginas 499 y ss. No hay que confundir al Esdras y Baruch de los Apocalipsis con los autores de los libros del mismo nombre en el Antiguo Testamento. Es un rasgo de la literatura apocalíptica judía que sus autores se oculten tras nombres de profetas bíblicos como si quisieran volver al auténtico espíritu de los profetas del pasado. Ver sobre el asunto Stauffer, *Jerusalem und Rom* (Berna, 1957), págs. 40 y ss.; este libro se ocupa del tema de la oposición teológico-política entre el mundo romano, el judío y el cristiano.